

FELIZ AQUEL que llega ya de noche al yacimiento
de las alegorías
y encuentra un remanente del secreto un rastro
ni siquiera entendible
de algo no desvelado no documentado nunca
antes
un fulgurante injerto textual la prodigiosa
irradiación de la contrapalabra
esa que ocupa la general agencia de los
abecedarios las nomenclaturas
y va desalojando de su órbita las innecesidades de
la vida

¿eres acaso el mismo que creyó en las potestades
de esa contrapalabra
esa pura acepción de las sucintas contradicciones
en los términos
la equidistancia terminal entre lo consumado y lo
inconcluso
entre lo no pensado y lo que el pensamiento no
alcanza a descifrar?

y dónde estabas tú mientras las músicas terribles
trastocaban
los estatutos del deseo absorbían la sed la soledad
el desconsuelo
abriendo de repente un hueco paredaño con los
negros calambres sensoriales
la desmesura del quejido de no se sabe qué

voraces indómitas querencias
mientras un desamor a fuego lento iba cubriendo
propiamente de arañazos
los anhelantes belicosos cuerpos que en el voluble
sur yacían
justo allí donde su oscuridad su luz son bellezas
iguales
ya cuando los vaniloquios impedían los trabajos
de la veracidad
y los abanderados de los gritos se iban
descomponiendo como enjambres
por ese descampado en que la vida le disputa sus
bazas a la muerte
¡ah oscuridad mi luz! no desalojes nunca de tu
hermético asilo
ese abrupto tesón por conocer* lo no
testimoniado sino en falso
lo que un día llegará a convertirse en claridad sin
derogar la sombra
lo que en lo oscuro prevalecerá como la
quintaesencia de la iluminación
hasta que al fin puedan ser abolidas todas las
locuciones preexistentes
y el execrable cónsul de la fecundidad ingrese en
los agónicos precintos
donde ya el visionario se conjura contra el negro
fulgor de las palabras –

* En la lectura, "reconocer".